

LIBERTAD Y PROGRESO.

¡Canto la libertad! ¡canto el progreso!
Prestadme, Musas, vuestro plectro de oro,
Dejadme de entusiasmo en el exceso,
En estos nombres estampar un beso
Por que estos nombres, en el alma adoro.

¡Oh santa libertad!, bien excelente
Que á pechos nobles de entusiasmo llenas;
Por tí de Esparta la aguerrida gente
Con brazo fuerte y ánimo valiente
Despedazó de Persia las cadenas.

Tú diste aliento generoso á España
Contra el poder de la terrible Luna,
Y á pesar de sus fuerzas y su saña
Sangre y baldon al islamita baña,
Cayendo con Granada su fortuna.

POESIAS.

El progreso tambien brilla en la historia
Con bellos y fulgentes caracteres;
Donde hay un hecho digno de memoria
Progreso ó libertad forman su gloria,
Pues son la ley de los humanos séres.

Progreso y libertad gozoso canto,
A fuer de racional y de cristiano;
Mas esa libertad que siembra llanto
Causa á mi corazon temblor de espanto,
Maldígola, como hija del tirano.

La verdadera libertad ensalzo
Y no la que sanciona guillotina,
"Sois libres," dice con acento falso,
¡Libres.....! y arrastra niños al cadalso
Y langosta social todo extermina.

Menguada libertad á quien asusta
De humilde monja el áspero vestido,
Y aunque se dice en su poder robusta,
En alta noche, con su mano injusta,
Ancianas lanza de su pobre nido!

Si esta es la libertad, de ella reniego
Y caiga entre antropófagos salvajes:
De víbora á leon, á éste me apego:
Mejor que fango, venga sangre y fuego,
¡Carcax! no ley que santifica ultrajes.

Libertad que proclama libre exámen
Y silencio y mordaza al labio impone,
Y á la nave del mal presta velámen,
Sólo podrá alcanzar, buena la llamen
Los en que el vicio su veneno ponc.

Progreso quiero; mas progreso digo,
 No movimiento en férvido tumulto:
 Si manso rio surco, lo bendigo;
 Mas de hirviente riada, ¡qué consigo
 Si en sus aguas y espumas me sepulto?

Progreso ¿es ciencia? Pues sin Dios no hay ciencia;
 Progreso ¿es arte? Pues sin Dios no hay arte;
 Dios de toda verdad es la confluencia,
 Progreso ¿sin su génesis? ¡demencia!
 El radio siempre de algun centro parte.

Progreso, no son máquinas potentes
 Ni los tegidos que tiñó la grana:
 ¡A que venís con máquinas hirvientes
 Si las calderas del volcan, rugientes
 Hacen vuestra soberbia salga vana?

Viendo el mundo, no admiran maquinistas:
 Haga la industria el hilo de un cabello,
 Pinte de Oriente las gayadas listas,
 O copiando del trigo las aristas
 Poner intente á su renombre el sello.

¿Cómo la falsa ciencia se levanta
 Contra Aquel que con nada la confunde?
 ¿Cómo sus glorias, por su labio canta?
 ¿Cómo, insensata, su soberbia es tanta,
 Que no en el polvo la cabeza hunde?

¿Quereis industria? Ved la flor del valle,
 ¿Arte pedís? Mirad el sol poniente,
 ¿La ciencia amais? Vuestro pensar se explaye
 En ese cielo; y la palabra calle
 Que habeis visto la sombra del Potente.

El, que todo lo creó, todo gobierná,
 Alfa y Omega, en sí todo lo junta:
 El da luz al cometa y la lucerna
 Y comunica claridad eterna
 Al alma bella que su ley trasunta.

Progresar no es moverse sin sendero,
 Es caminar hácia su fin las cosas;
 Y siendo Dios el término postrero
 Progresa con progreso verdadero
 Quien sigue de virtud sendas dichosas.

¡Atrás! pues, progresistas fementidos,
 Que al vicio altares levatais do quiera,
 Aunque de falsas luces circuidos
 Ante la historia os encontrais perdidos:
 El progreso es la Cruz! ¡Ved su bandera!

AL SANTISIMO SACRAMENTO.

TESTIMONIO DE AMISTAD, A LA PIADOSA

SEÑORA DOÑA

Leocadia Molinos de Arango.

Hostia de vida eterna y de pureza,
Que de oro en cerco humildemente anidas
Y, de amor prisionera, nos convidas
A compartir tus bienes y grandeza.

Admirando, buen Dios, tanta largueza,
Las horas lloro por mi mal perdidas,
Y del hondo sin luz de mis caidas
Quiero volar, volar hasta tu alteza.

Débil estoy, y combatido, y triste,
Ausentes á mi sér los regocijos,
Onda alterada mi barquilla embiste;

Mas, pues mínimo soy entre tus hijos,
Y es generoso más, quien más asiste,
¡Tiendo mi mano, en Tí los ojos fijos!

A LAS MATEMATICAS.

Sublime ciencia que la mente ilustras
De luz radiosa con antorcha clara,
Dejando el ara y del amor el culto,
Hora te canto.

Tiempo sobrado recibí tus dones,
Dones preciosos que en el alma guardo,
No como nardo, cuya esencia lleva
Soplo de viento.

Esas verdades que conservan puras
El sello augusto del Señor eterno,
Jamás invierno con furor marchita
Como las flores.

POESIAS.

Ellas gobiernan las celestes masas,
 Por ellas vive la encarnada rosa,
 La luz radiosa que en el éter brilla
 Sigue sus leyes.

Secretas rigen la estacion amena,
 Secretas guardan su sin par belleza;
 Naturaleza, en sus eternas bases
 Halla cimiento.

Ellas, el arco que engalana el cielo,
 Trazan vistoso por el aire blando,
 Mientras el bando de altaneras aves
 Gira y se eleva.

Alzan la torre que corona el templo
 Y la campana que con voces puras
 En las alturas, del Señor publica
 Himnos de gloria.

Ciencia certera en misteriosas cifras
 Leyes encierra de verdad fecunda,
 La furibunda tempestad y el ponto
 Ella contrasta.

Y da á la nave dimension marcada,
 La quilla mide, mide la carena,
 De lastre llena en proporciones justas
 Huecos temibles.

Por tí el guerrero que la plaza sitia,
 En aquel punto que anheloso acecha,
 Abre la brecha con potente bronce,
 Bronce fulmíneo.

POESIAS.

La curva das del proyectil pesado,
 Cual tambien marcas la del astro bello,
 Cuyo destello en la nocturna calma
 Vierte dulzura.

La mente abrumas del mortal pequeño,
 Grande le muestras horizontes grandes,
 Vence unos Andes, y despues más altos
 Montes contempla.

Del ponto hirviente la extension no alcanza
 El navegante que en sus aguas vive;
 Pero concibe á la llanura inmensa
 Límite cierto.

Mas de la cifra que se agranda siempre
 Y disminuye sin tener medida
 ¿Quién conocida la ribera tiene
 De su oceano?

La línea inmensa, de una curva asíntota
 Siempre se acerca; mas jamas la toca,
 Como en la loca, terrenal morada
 Bien y esperanza.

Ciencia profunda que el nocturno giro
 Certera explicas explicando el cielo,
 Mi alma en su vuelo la verdad buscando,
 Diva te llama.

Dulce el acorde de templadas liras
 Hiere el oido que su són apura;
 Mas la dulzura de concordés números
 ¡Oyela el alma!

Hay tambien dicha y hay tambien encanto
En esa grata música sublime,
Que al alma imprime con eterno impulso
Vuelo celeste.

Cual cielo oscuro, la pizarra negra,
Miré, y cual astros los dispersos signos;
Y hallélos dignos de que alzara un canto
A ellos, mi Musa.

¡SOY FELIZ!

Idolo de mi amor, mitad de mi alma
Que enjugaste mis lágrimas ardientes,
Tornando la zozobra en dulce calma
Con tus puras caricias inocentes.

El fuego apasionado de tus ojos
Ya me dijo el amor de tus entrañas;
Y he ya gustado de esos labios rojos
La regalada miel con que los bañas.

¡Cual feliz al tener dicha tan grande
Se siente el alma apasionada y loca!
¡Cual hará, sierva fiel, cuanto le mande
El dulcísimo acento de tu boca!

Puedo ahora, mi bien, si tú lo quieres,
Arrancar las montañas de su asiento,
Los dolores volver gratos placeres,
O extinguir ese sol del firmamento.

Puedo seguir de la virtud la huella
Del mundo aleve en la vereda oscura,
Si me iluminas, virginal estrella,
Con tu alba luz inmaculada y pura.

¡Qué vale de las auras la armonía
Que en los bosques producen en su giro,
Si tu alma tierna, á quien adora, envía
De su seno de amor hondo suspiro?

¡Y qué de un ángel vale el arpa de oro
Para himnos entonarte de alabanza
Y ensalzar de tus gracias el tesoro
Oh realizado bien de mi esperanza!

Yo quisiera, mi bien, eternamente
Bajo la luz del diamantino globo
Ese rostro mirar ¡tan dulcemente
En mi suspenso en soñador arrobo!

De tus tiernos suspiros yo quisiera
Un ambiente formarme delicado:
¡Cuánto placer entónces yo sintiera
Viviendo de tu vida alimentado!

POESIAS.

Más temo una mirada desdeñosa
De esos tus bellos ojos brilladores
Que la terrible marcha desastrosa
De raudos huracanes bramadores.

Siempre tuyo he de ser, amada mia,
Mi dicha, mi delicia, mi consuelo:
Antes que te olvidara, dejaría
En ejes de oro de rodar el cielo.

EL SACRIFICIO DE LA CRUZ.

A MI DISTINGUIDO AMIGO EL SR. PROVISOR

de la Diócesis de México

DON JOAQUIN DIAZ Y VARGAS.

Aquel Señor que dilató el sereno
Y limpio azul del arbolado río,
Hoy va sudando en medio del gentío,
De amarga pena, de congoja lleno.

Aquel que vuela en medio de querubes
Precedido de tromba y de tormenta,
Al peso de una Cruz casi no alienta,
De polvo envuelto en ardorosas nubes.

Grita la turba; y al clamor intenso
La frente de Jesús más palidece,
Crece su angustia, su martirio crece,
Y cúbrele de luto velo denso.

POESIAS.

Ah! que esa misma turba procelosa,
Entre palmas y voces de alegría
Le recibiera en no lejano día
Bajo enramadas que esmaltó la rosa.

¡Todo ha cambiado! Las triunfales palmas
Son sólo ahora palmas de martirio,
Y presa del más bárbaro delirio
Blasfeman de Jesus todas la almas.

De aquel manso Jesus que allá en el monte
Honores diera al pobre y al pequeño,
De aquel Jesus, que de los hombres dueño,
Hoy encuentra enlutado su horizonte.

Este es aquel Jesus que por do quiera
Con ambas manos derramaba bienes,
Este, el que lleva espinas en las sienas
Y el odio de la turba vocinglera.

“¿Qué te hice, pueblo mio?” allá repite
Dentro su corazon, en su congoja,
Y en sangre y en sudor el suelo moja
Sin que el dolor su corazon irrite.

Lleno todo de ardientes cardenales,
Los ojos como soles moribundos,
De su pecho lanzando ayes profundos
Da de desfallecer hondas señales.

Y estampa el rostro en la polvosa tierra
Ardiente con el sol de medio día:
¡Ya no es este el Jehová que en fuego ardia
Cuando en Sinai con su poder aterra!

POESIAS.

Ya no es este el Jehová que los linderos
Trazara al mar y á su furor bravío;
El recibe la ley del pueblo impío
Y deja de su sangre mil regueroso

No el Cristo que anhelosos esperaban
Los judíos, por proféticas visiones;
¡Le esperaban cercado de legiones
Y de tenerle ahí lejos estaban!

El que lleva el fatídico madero
Y ha en estrechez vivido y en pobreza
Y cuya vida en un pesebre empieza
¿No es el hijo, no mas del carpintero?

El leon de Judá que la victoria
Concediera al valiente Macabeo,
Hoy cual cordero inofensivo veo,
Sin nombre y sin poder, sin luz, ni gloria.

“¿Que te hice, pueblo mio?”, allá repite
Dentro su corazon en su congoja,
Y en sangre y en sudor el suelo moja,
Sin que el dolor su corazon irrite.

¡Oh, pueblo de Judá! pueblo nefario,
De duras y amarguísimas entrañas,
Que de sangre y baldon al justo bañas,
Implacable, llevándole al Calvario.

Serás sobre la tierra maldecido,
Y caerán tus ciudades y tu templo,
Y dando á las edades triste ejemplo
Serás polvo á los vientos esparcido.

Hoy, al manso Jesus que tú abominas,
Conduces en confusa gritería;
Mas ¡ay! que ni una flor verás un día
Como en medio de estériles salinas!

Llega Jesus á aquel lugar tremendo,
Que en la Cruz ha de verle levantado,
Y su ánimo siente conturbado,
Y se detiene con dolor horrendo.

La turba entónces, esa turba ingrata
Con más furor allí se precipita
Y en remolinos mil, rauda se agita
Cual negra tempestad que se dilata.

Jesus, en tanto, su camino sigue,
Lleno de amor al hombre delincuente,
Y que se aumenta su congoja siente,
Al ver la multitud que le persigue.

Sangre chorrea su cabeza rota,
Sangre empapa su ajada vestidura,
Cubre sus ojos velo de tristura
Y la sangre en sus venas ya se agota.

Naturaleza toda horrorizada
Al ver á su Hacedor de heridas lleno,
Guarda mudo pavor allá en su seno;
Mas la turba prosigue encarnizada.

Ni una nube recorre el horizonte,
Ninguna ave recorre la llanura,
Y el agua de la fuente no murmura
En la profunda soledad del monte.

Ya no columpia el céfiro á la rosa,
Y las gallardas palmas no se mueven,
Ni á las orillas de los lagos beben
La oveja y la gacela cautelosa.

Como despues que el trueno es repetido
En el centro de grande cordillera,
Queda en silencio el monte y la pradera,
Queda el pueblo en silencio sumergido.

Es que á Jesus se mira levantado
De la sangrienta Cruz en el madero,
Todo ultrajado el rostro lastimero,
Todo el cuerpo de heridas traspasado.

Y así, en la Cruz, en medio al sacrificio
Por sus verdugos á su Padre ruega
Y á los deliquios del amor se entrega,
¡Como aquel que recuerda un beneficio!

Víctima per amor hecha pedazos
Del mundo olvida la siniestra furia,
Y en prueba del perdon de tanta injuria,
¡Se alza en la Cruz abriéndole los brazos!

Al cielo mira y á su Padre implora,
Lanza un grito y dobla la cabeza;
Su presa suelta la polvosa huesa
Y el sol oculto en las tinieblas llora.

Rasga el templo su velo, el terremoto
Derriba corpulentos edificios;
Quieren salir los montes de sus quicios
Y el mar no encuentra á sus furores coto.

Dominando el espanto de natura,
 Junto al madero por Jesus bendito,
 Alza su Madre de dolor un grito;
 Y es mayor el espanto y la pavora.

EL SIGLO XIX.

Al cruzar la veloz locomotora
 Montaña atravesando y rampa y puente,
 Rápida, como tromba asoladora,
 Levanta el siglo la orgullosa frente.
 En vanidad se inflama
 Cuando la cumbre de nevado monte
 Domina el aeronauta en los espacios
 Y al mirar que se eleva á los palacios
 Donde brilla del sol la eterna llama
 Estrecho á su ambicion ve el horizonte
 Y el *siglo de las luces* se proclama.
 Do quier que gire rápida la vista
 Contempla una conquista

De la sabia centuria
 Que en libros mil su claridad derrama.
 El eléctrico alambre ved tendido,
 De la Europa hasta el Nuevo continente,
 Por los extensos mares,
 Por los prados de Mayo floreciente,
 Por rumorosos bosques de palmares.
 Nunca alcanzaron del sublime Apeles
 Los divinos pinceles
 A trasuntar del hombre la figura
 Con tanta perfeccion con verdad tanta
 Cual las de ténue luz que con sus rayos
 Rápida copia y la mirada encanta.
 Hoy puede el tierno amante
 Al infinito ver multiplicada
 La bella imágen de su bella amada,
 Como en las gotas de rocío brillante
 La suave luz del alba nacarada;
 Hoy puede el hombre de su bien ausente
 Mandar palabras de su afan profundo
 En misteriosa clave,
 Que amor tan sólo en sus misterios sabe,
 Hasta el confin del dilatado mundo.
 El eléctrico fluido que el otero
 Tocando incendia con ardiente rayo,
 Hoy del amor, en lánguido desmayo
 Puede ser apacible mensajero.
 Mas ¡ay! el siglo que con luz brillante
 De esplendorosos rayos se corona
 Ebrío se arrastra y ciego y delirante
 Del torpe vicio en la asquerosa zona.
 Todo lo vende al esplendor del oro,